

La identidad nacional de Estados Unidos en la era postsoviética

Robert B. Reich

*R*eproducimos el Epílogo del libro *El Trabajo de las Naciones*, de que es autor Robert B. Reich, actual ministro de Trabajo de Bill Clinton, y que ha merecido encontrados comentarios de analistas y politólogos.

* * *

A MENUDO SE SUPONE QUE, en ausencia de la amenaza soviética, los Estados Unidos pueden reorientar sus recursos hacia las necesidades internas de la nación. Antes que compartir el destino de otros imperios de la historia, cuyos ejércitos diseminados agotaban los recursos necesarios para asegurar el progreso de su sociedad, los Estados Unidos tienen ahora una oportunidad para restablecer el equilibrio. Pero esta simple deducción supone una disposición de parte de los norteamericanos para reorientar dichos recursos, y no meterse en los bolsillos esos dólares excedentes.

En este sentido, estamos frente a un principio básico de la vida

cívica: los individuos que integran una sociedad sacrificarán su bienestar personal por el bien de todos, solamente si se sienten identificados con esa sociedad, de tal manera que "el bienestar general" tenga un significado sustantivo para ellos. Si, en ausencia de la amenaza soviética, la identidad de los Estados Unidos resultara ser un poco más vaga, y su propósito algo menos apremiante que antes, los norteamericanos estarían menos dispuestos a hacer el sacrificio.

Por eso el ocaso del comunismo soviético plantea un profundo dilema a los Estados Unidos. Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos han proclamado las virtudes aparentes

de nuestra nación en contraste con el comunismo soviético. Los ideales abstractos —democracia, libertad, justicia, capitalismo— adquirirían un significado más concreto con referencia a sus antónimos en el otro lado del Telón de Acero. Norteamérica ha sido definida por el comunismo soviético como la luz es definida por la oscuridad, el día por la noche, como las siluetas por sus fondos contrastantes.

Para nosotros esto representaba una batalla mítica —una disputa maniqueísta que oponía el bien contra el mal— librada en un escenario real, con la amenaza siempre presente de un apocalipsis final. El comunismo soviético era como una Mesalina seductora, que atraía a los pobres o ingenuos con falsas promesas de un paraíso inexistente. Nosotros representábamos la verdad y la única esperanza de prosperidad real. Permanentemente nos resistíamos a esa tentación (siempre prevenidos contra la posibilidad de que algún ciudadano norteamericano pudiera sucumbir), mientras ayudábamos a las otras naciones a resistir. El apocalipsis logró evitarse, pero el forcejeo progresivo exigía toda nuestra energía y voluntad. Los conflictos periféricos, como el de Corea y Vietnam, también arrebataron la vida de nuestros jóvenes. La pugna nos obsesionaba y consumía. Nos determinaba. Para nosotros mismos y para el resto del mundo, la idea que inspiraban los Estados Unidos llegó a ser un sinónimo de resistencia a

la seducción del comunismo.

Esta no era la primera vez que la identidad nacional se había intensificado frente a las fuerzas que nos amenazaban al otro lado de las fronteras; nuestro objetivo nacional se esclarecía ante el conflicto. Incluso antes de que llegáramos a ser oficialmente una nación, tuvimos conciencia de nuestra nacionalidad cuando combatimos contra Francia, contra los indígenas, y especialmente contra los británicos. Esa identidad se desplegó más aún cuando más tarde nos enfrentamos con México, España, Alemania, y luego Italia, Japón y los nazis. Algunos de esos conflictos también alcanzaron dimensiones míticas en la imaginación de los norteamericanos: varias veces nos sentimos un “pueblo elegido”, mientras nuestros enemigos eran los “condenados”. Este proceso de autodefinición no fue muy diferente al de muchas otras naciones, cuyas identidades se forjaron en el conflicto: romanos contra partos, bizantinos contra sasánidas, elamitas contra babilonios, asirios contra sumerios, ingleses contra franceses.

La lucha de los Estados Unidos contra el comunismo soviético fue única, en el sentido de que penetró tan profundamente en la cultura norteamericana que definió su misión como nación. Los conflictos entre otros pueblos habitualmente se concentraron sobre acontecimientos en particular: batallas gloriosas, actos de heroísmo o de traición, manipulaciones de los

soberanos. El ciudadano común sabía que el enemigo era despreciable, pero al no tener una participación directa en un combate o la desdicha de no vivir en el foco de las hostilidades, pocas veces se sentía directamente afectado. Incluso las primeras represalias inspiraban temor y rencor solamente cuando la guerra era inminente o se libraba batalla. Antes de eso, los Estados Unidos había movilizado sus recursos y su voluntad colectiva a fin de luchar contra un enemigo, y la lucha misma era el foco de nuestra atención.

La guerra fría era algo diferente, no sólo por la amenaza constante de un holocausto nuclear, sino además porque la considerábamos como una lucha por las aspiraciones de la humanidad. Como tal exigía mucho más de nosotros que una guerra abierta. Nuestro orgullo estaba en juego, nuestro lugar en la historia, nuestra propuesta como la mejor esperanza para la humanidad. Frente al comunismo soviético, todo lo que hiciéramos como sociedad serviría de ejemplo a las otras naciones del planeta, y de recordatorio para nosotros acerca de quiénes éramos y por qué nuestros ideales y costumbres eran superiores a los de nuestro adversario. Sabíamos implícitamente que nuestro “poderío” no residía solamente en bombas, tropas o lanzamisiles, sino que dependía además de nuestra autoridad moral. Por eso la sociedad norteamericana estaba continuamente en juego.

Pocas veces en la historia una

nación se vió sometida a un proceso tan agotador de autocritica y de discusión sobre los principios como lo hicieron los Estados Unidos durante la guerra fría. Fue como ponernos a prueba a nosotros mismos, supervisándonos y evaluándonos continuamente. Incluso la otrora contemporizadora gestión de Eisenhower se vió obligada a crear una Comisión de Metas Nacionales, para analizar si los Estados Unidos se movían en la dirección correcta. Las cruzadas éticas y los movimientos que surgieron en los años siguientes —de los derechos civiles, feminismo, medio ambiente— se inspiraron en el mismo criterio de autocritica, a través de un intenso análisis, dentro y fuera del país. Las derivaciones éticas de nuestros fracasos nacionales —Vietnam, Watergate, incluso un brusco déficit presupuestario— también se magnificaban, y daban pie a un angustioso debate acerca de lo que significaban para nuestra sociedad.

Los dos aspectos de nuestro “poderío nacional” frente al mundo comunista —militar y moral— llegaron a estar entrelazados. Construimos una red nacional de autopistas (conforme a la Ley de Defensa Nacional) con el fin de transportar rápidamente municiones y pertrechos en caso de guerra, pero también para darle una mayor participación al agro en la prosperidad de la nación. Entrenamos una generación completa de docentes e investigadores de ciencias y matemáticas (también de acuerdo

con la ley citada) a fin de ponernos al día con los soviéticos en materia espacial, pero al mismo tiempo para mejorar la educación. Fuimos los primeros en llegar a la Luna para demostrar nuestro orgullo tecnológico, pero también para enorgullecer a la humanidad. Creamos la fuerza de combate más eficiente del mundo, pero junto con eso previmos medios eficaces para disciplinar y educar legiones de jóvenes de las ciudades y zonas rurales del interior del país, entrenándolos en las especialidades técnicas que necesitarían para progresar en la vida civil. Lo mismo con otros programas de defensa que tuvieron una doble función social: los préstamos aprobados por el gobierno para la educación, la vivienda, los albergues para veteranos.

Desde luego, la misión militar no logró justificar todo lo que se necesitaba hacer dentro de la nación. Las escuelas, las carreteras, los puentes, los servicios de salud, las bibliotecas y los parques continuaron deteriorándose, particularmente en los pueblos rurales y en las ciudades del interior del país. Pero a pesar de eso, el pretexto de la defensa nacional nos dio la oportunidad de hablar acerca de nuestras metas comunes, y también de discutir las necesidades. *Nuestras* fuerzas de apoyo logístico vigilaban el mundo. Estábamos enfrentándonos a la amenaza soviética. Estos objetivos comunes al menos permitieron que los norteamericanos interpretaran los

problemas de la nación como *sus* problemas.

Ahora la amenaza soviética ha desaparecido. No sólo nuestras fuerzas armadas se ven comprometidas por este cambio radical, también nuestra imagen de nosotros mismos.

Durante cuarenta años o más, los Estados Unidos han consagrado sus energías colectivas esencialmente para encarar el comunismo soviético —una gran misión que justificó y ennobleció nuestra identidad colectiva, pero también de muchas maneras nos ha empobrecido. Ahora que se ha superado la amenaza soviética, tenemos que reconstruir la nación. Pero sin ese peligro externo, nos puede faltar la identificación necesaria para salir adelante.

En ausencia del comunismo soviético, el respaldo de la sociedad norteamericana puede no persistir. Tampoco volverán los tiempos previos a la guerra fría, cuando los conflictos bélicos episódicos bastaban para recordarnos el significado de la nacionalidad. Las fuerzas centrífugas que nos separan son ahora más poderosas. Como ya he señalado a lo largo de este libro, la economía mundial ha tendido firmes lazos entre nuestros ciudadanos y los de otras naciones —vínculos tan fuertes, o más, que los lazos económicos que nos relaciones dentro de nuestras fronteras. Nuestros calificados analistas simbólicos prosperan; nuestros trabajadores de rutina se empobrecen.

Las mismas tecnologías han creado vínculos culturales a través de las fronteras, neutralizando con ello la influencia de nuestra cultura dentro de la nación. Un individuo nacido en Brasil, que vivía en Miami, hoy puede leer los diarios de São Paulo, comunicarse vía satélite con un medio de prensa computarizado a miles de kilómetros; puede ver la televisión brasileña por la misma vía, enviar y recibir mensajes por fax en segundos, comunicarse telefónicamente con su país con un simple digitado y viajar allí cuantas veces quiera. La facilidad del transporte mundial también ha proporcionado los medios para el aumento en la cantidad de inmigrantes ilegales. Algunos de los 11 millones de extranjeros que visitan los Estados Unidos cada año permanecen aquí, trabajando en empleos precarios por sueldos inferiores a los mínimos. El reciente movimiento “multicultural” en las escuelas norteamericanas se puede interpretar en los mismos términos: como una exaltación de la creciente diversidad y como un recordatorio de nuestra divergencia cada vez mayor. En el viejo “crisol de razas” de Norteamérica se está fundiendo ahora una abigarrada mezcla, cuyos ingredientes conservan una característica singular.

Dadas estas condiciones, sin la presión externa del comunismo soviético que nos mantenía unidos, los Estados Unidos simplemente pueden convertirse en un microcosmos del mundo entero. Incluirá a algunos de los individuos más

ricos del mundo y a algunos de los más pobres, que hablan en incontables idiomas, mantienen múltiples adhesiones y proclaman muy diferentes ideales. Estos individuos pueden conectarse eficientemente con el resto del mundo —tanto económica como culturalmente—, pero no necesariamente entre sí. Nuestra identidad colectiva se debilitará. No existirá un objetivo nacional, ni un pretexto para el mismo. En lugar de eso, cada habitante de los Estados Unidos puede interesarse por los grandes problemas de la humanidad, o por las necesidades de su grupo étnico, o por ambiciones y rencores personales menos edificantes.

Este no es un panorama totalmente sombrío. Algunos partidarios de la tesis del libre albedrío lo pueden encontrar atractivo. En contraste con la mayor parte de los habitantes del planeta, quienes todavía viven en naciones que le imponen responsabilidades básicas para con el bienestar de sus compatriotas, las personas que vivan dentro de las fronteras de los Estados Unidos disfrutarán de una especie de zona libre, universal, que solamente les obligará a abstenerse de causar daño físico, o robar a los demás. No habrá un sentido de comunidad nacional. En lugar de eso, los norteamericanos se aislarán en grupos reducidos con ingresos similares, valores e intereses afines, y una misma identidad étnica. Pluralismo sin unidad.

Sin embargo, también hay algo terriblemente desconsolador en este

destino, si en efecto fuera nuestro destino. Significa el fin de la “experiencia norteamericana” de crear una sociedad variada, unida no sólo por su respeto a las libertades individuales, sino además por su sentido de la justicia. Esto despoja a los Estados Unidos de la autoridad moral que precedió y trascendió a la guerra fría con el comunismo soviético, una autoridad derivada de su combinación única de tolerancia y justicia.

Desde luego, hay una alternativa. Los Estados Unidos pueden escoger otro contrincante para remplazar al imperio soviético —una nueva amenaza que nos dé una renovada cohesión, y una razón para asumir responsabilidades mutuas. Lo primero que surge a la mente es Japón. Ya se pueden encontrar numerosos libros, artículos periodísticos y programas de televisión que advierten sobre la amenaza japonesa. La naturaleza precisa de esta amenaza —seguramente no es la destrucción nuclear— jamás se explica totalmente, pero sus connotaciones son evidentes: a no ser que los detengamos, los japoneses a la larga terminarán por dominarnos. Por eso estamos sobre aviso para unirnos a fin de enfrentar el futuro peligro. *Unificar*: las empresas, el gobierno, y los trabajadores norteamericanos. *Unificar*: a los ricos, a los pobres y a los norteamericanos de cualquier credo y raza.

El propósito ostensible de unificar es hacer frente al desafío japonés, pero el verdadero sentido

—el mensaje más profundo, quizás ignorado por los mismos que previenen sobre dichos peligros— es precisamente lo contrario. Es tener un desafío que nos dé nuevamente un motivo para unirnos.

En este momento, los británicos son dueños de muchas más industrias “norteamericanas” que los ciudadanos del Japón —incluyendo firmas líderes tan típicamente norteamericanas como Burger King. Pero los británicos no sirven de pretexto para reunificar a los norteamericanos, como hace dos siglos, quizá porque las sociedades británica y norteamericana casi parecen indiferenciables con respecto a las culturas latina, asiática y africana que hoy influyen sobre la norteamericana, y con respecto a la economía mundial no anglosajona que hoy traspasa las fronteras comerciales de los Estados Unidos. Necesitamos una fuerza externa más poderosa para mantenernos unificados en este mundo postsoviético —una fuerza externa tan absolutamente diferente a nosotros, a fuer de contraste, como para recordarnos constantemente quiénes somos. Y Japón es un candidato apto.

A lo mejor una guerra económica con Japón podría operar como un pretexto para orientar los recién liberados recursos de los Estados Unidos hacia la salud, la nutrición y la educación de todos los niños norteamericanos. (¡Tenemos que invertir en la futura generación de norteamericanos, para que los japoneses no nos alcancen!), y

nuestra infraestructura (los norteamericanos deben estar conectados por los cables de fibra óptica, de modo que podamos hacer frente al desafío japonés). Pero esa pugna económica podría ser tan costosa y destructiva como la guerra fría con los soviéticos, obligándonos a restringir el comercio japonés, a impedir sus inversiones y a comprometernos en una serie

progresiva de represalias económicas, disminuyendo con eso nuestro nivel de vida y el de ellos.

El problema fundamental para los Estados Unidos en la era postsoviética es saber si es posible redescubrir nuestra identidad y nuestras responsabilidades mutuas, sin necesidad de crear un nuevo adversario. La respuesta está lejos de ser clara.☺